

la gente cambia, el mundo
cambia, pero tu espíritu deberá
ser siempre el mismo

raquel angel garcía

la gente cambia, el mundo
cambia, pero tu espíritu deberá
ser siempre el mismo

raquel angel garcía

Raquel Angel García es originaria de San Miguel Panixtlahuaca, Oaxaca, y hablante de la lengua chatina. Estudió Lingüística Antropológica en la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México. Actualmente radica en la ciudad de Chihuahua y trabaja como coordinadora de un centro comunitario en dicha ciudad.

Este texto forma parte del libro
Evitemos que nuestro futuro se nos escape de las manos. Tomás Cruz Lorenzo y la nueva generación chatina, editado por Emiliana Cruz. Disponible en PDF de descarga gratuita en t-e-e.org/index.php/teehormiguero/

Licencia de producción de pares

Usted es libre de compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra, así como hacer obras derivadas bajo las siguientes condiciones: Atribución: Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por la autora o licenciante (pero no de manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra). Compartir: Si

altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. No capitalista: La explotación comercial de esta obra sólo está permitida a cooperativas, organizaciones y colectivos sin fines de lucro, a organizaciones de trabajadoras autogestionadas, y donde no existan relaciones de explotación. Todo excedente o plusvalía obtenidos por el ejercicio de los derechos concedidos por esta licencia sobre la obra

deben ser distribuidos por y entre las trabajadoras. Al hacerlo, acepta lo siguiente: Renuncia: Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Dominio público: Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

endefensadelsl.org/ppl_es.html

Mi nombre es Raquel Angel García, soy chatina originaria de San Miguel Panixtlahuaca, pasante de la carrera de Lingüística Antropológica de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM) y actualmente radico en la ciudad de Chihuahua. Cuando viajé a esta ciudad no venía con la idea de seguir estudiando, ya que con muchos sacrificios logré terminar mi bachillerato. Contaré un poco de cómo ha sido mi vida en mi comunidad y como estudiante.

Desde muy pequeña viví siempre con mi abuela. Mi mamá se dedicaba a trabajos del hogar en la ciudad de Oaxaca. Ella, precisamente, es una del grupo de jóvenes que viajaban a la capital para trabajar como sirvientas, según menciona don Tomás. Durante su estancia en Oaxaca se embarazó y me tuvo a mí. Esto les sucede a muchas mujeres de mi comunidad. Mi madre regresó a Panixtlahuaca sólo para dejarme con mi abuela y que así ella pudiera seguir trabajando en la ciudad de Oaxaca.

Muchas empleadas domésticas se embarazan durante su estancia en la capital. Éste es el caso de mi madre. A ella la admiro y la respeto, acuñándole hasta el último de mis logros para hacerla sentir orgullosa de haberme tenido, por la gratitud de haber luchado tanto para que yo pudiera estudiar, por su lucha para mantenerme y por su propia lucha interna —aunque ella jamás lo platique, sé que le duelen profundamente algunos hechos—.

Mi abuela doña Catarina fue quien me enseñó todo lo que sé de mis raíces, de nuestra cultura y de mi lengua. Ella procuró siempre que mi vida fuera buena, aunque hay cosas que recuerdo y me lastiman, como, por ejemplo, que por ser una hija sin mamá cerca y sin papá que trabajara las tierras para tener qué comer todos los días, en las mañanas, cuando todos los primos se levantaban y se alistaban para desayunar, mi abuela me decía: —Tú no, hija, espérate hasta que todos terminen de comer. Ahorita, si sobra algo, comemos tú y yo o nos vamos a visitar a tu tía que vive allá arriba. —Yo, siendo una niña, no comprendía muchas cosas, pero si preguntaba por qué, la abuela decía—: Tus tíos trabajan duro para que sus hijos tengan qué comer, tú no tienes papá, tu mamá no está, ella se fue y no me hizo caso de casarse con alguien.

Ésta es la otra cara de mi familia chatina, y como siempre he dicho, amo a mi familia y a mis raíces; me enorgullecen muchas de nuestras tradiciones y costumbres, pero también hay cosas que no me agradan. El hecho de que mi madre no quisiera casarse por la fuerza con alguien que ni siquiera conocía, hizo que ella decidiera irse a trabajar a la ciudad, a buscar una “mejor vida”, pero en vez de eso fue maltratada y discriminada. Luego, cuando regresó al pueblo, fue vista de la peor manera y, en vez de acogerla, sus hermanos

la corrieron ya que había perdido todo lo valioso que un hombre chatino espera de una mujer; pero además de eso, por no casarse, no tuvo ya un lugar para vivir, pues una de las costumbres del pueblo es que cuando un hombre se casa, se le dan sus propias tierras, donde él construirá una casa y vivirá con su familia. Si eres mujer no te corresponde nada, ya que quien te dará tu hogar y te mantendrá será tu marido.

Todo esto es sólo una parte de las cosas que han hecho que mi vida gire y gire hasta lo que he llegado a ser hoy. Siempre he tenido muy presente el sufrimiento de mi madre, el cómo ha sido señalada y criticada por tener una hija, de quien “no sabe ni siquiera quién es el padre”.

Así es como surgió mi educación: hubo un tiempo en el que casi no terminé la primaria porque, según se me dijo, era una pérdida de tiempo y no había dinero. A mí en ese entonces me gustaba acudir a clases, sobre todo porque mi sueño era aprender el español, así que me inscribí yo misma en el albergue del pueblo. Un día mi abuela fue por mí al albergue y le dijo a la maestra encargada que no podía tenerme ahí porque no teníamos para las cuotas (que consistían en aportar leña). Yo lloré amargamente y le supliqué que me dejara continuar, también le supliqué a la maestra encargada que me dejara quedarme y yo me pondría a trabajar. La maestra aceptó recibirme sin cuota. Les hacía mandaditos a los maestros que vivían ahí cerca y me dedicaba a llevarle comida al maestro Pepe de la telesecundaria. Con el dinero que me ganaba compraba un poco de leña los domingos para llevar al albergue.

Cuando terminé la primaria también se me dijo que ya no podía asistir a la escuela. El argumento fue el mismo, así que cuando una prima me ofreció vivir con ella en Oaxaca y pagarme el estudio, accedí inmediatamente. Con ella sólo viví un año y luego busqué trabajo en otra casa. Por un año me dediqué a cuidar niños. Mi paga era tener un techo, comida y estudios. Así terminé el segundo grado de secundaria. En ese lapso murió mi abuela, por lo que tuve regresar al pueblo y entonces me inscribí en la telesecundaria y con el apoyo de mi madre pude terminar el último grado.

Pensé en regresar a trabajar a la ciudad de Oaxaca como empleada doméstica para poder ayudar a mi mamá y a mi hermana, pero recordé que debía darle un mejor crédito a mi mamá, ya que otras personas comenzaban a felicitarla por mis logros, y me inscribí en el TEBAO 63 (Telebachillerato de Oaxaca), ahora llamado IEBO (Instituto de Estudios de Bachillerato de Oaxaca) en Panixtlahuaca. Al mismo tiempo trabajé acompañando a una señora a traer mercancía de Puerto Escondido y Oaxaca para surtir su tienda los fines de semana.

Hasta aquí ya me sentía un poco realizada, pero no era suficiente y, aunque tenía muchas ganas de seguir estudiando y tener alguna carrera, sabía que ya era tiempo de trabajar para poder ayudar a mi hermana quien venía atrás de mí. Justo antes de terminar la prepa, una prima me invitó a viajar con ella a la ciudad de Chihuahua y acepté.

Cuando llegamos a Chihuahua, conocimos gente que se sorprendió mucho por la manera en la que viajamos, sin conocer a nadie y sin tener un lugar para vivir. Por eso, acudimos a solicitar apoyo económico a la CDI (Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas), quienes no sólo nos apoyaron, sino que también nos buscaron un hogar y nos inscribieron en una universidad. Los dos, mi prima y yo, empezamos estudiando la carrera de Ingeniería en Ecología, que mi prima sí pudo terminar gracias también al apoyo de sus hermanos migrantes en los Estados Unidos, pero yo tuve que dejar la escuela.

La primera razón fue que no tuve mil pesos para pagar la sociedad de alumnos en la universidad. —Sí, sólo mil pesos—. Contaba con una beca del cien por ciento y no tenía que cubrir más gastos de la escuela, pero por desgracia no eran los únicos gastos, ya que como migrante tenía que pagar mis alimentos, renta, materiales didácticos y transporte a la escuela (recuerdo que muchas veces caminaba de la casa a la universidad, lo cual no era problema para mí porque los chatinos estamos acostumbrados a caminar mucho, lo que sí me dolía era no tener qué comer, en ocasiones hasta por tres días).

La segunda razón por la que también decidí no regresar a la escuela fue porque un día mi madre me comentó que mi hermana ya no seguiría estudiando por las mismas razones por las que en muchas ocasiones yo no iba a estudiar: la falta de dinero. Así que le pedí a mi madre que la dejara venir conmigo a Chihuahua.

Cuando ella llegó, la inscribí en la secundaria y me dispuse a trabajar hasta que ella lograra terminar una carrera. Sin embargo, cuando mi hermana salió de la prepa y vio mis ganas de tener una carrera, me propuso que trabajáramos las dos y buscáramos becas para así estudiar al mismo tiempo. También mi esposo me convenció de que estudiara lo que siempre había querido, mientras, él trabajaría para apoyarme.

La carrera de Antropología siempre fue mi sueño, ya que cuando llegamos a la ciudad de Chihuahua, el hogar que nos consiguieron fue en una oficina en la que trabajaba una antropóloga que se dedica a los derechos de los pueblos indígenas. Específicamente, tenía una fundación de mujeres o'dames (conocidos también como tepehuanos) que elaboraban artesanías.

Así que cuando tuve la oportunidad, entré a la EAHNM. Con ganas de trabajar y de saber más sobre mi lengua, decidí escoger la carrera de Lingüística. En este momento soy pasante de dicha carrera y mi hermana es pasante de la carrera de Ciencias de la Información. Espero en un futuro cercano ampliar más mis estudios. Tengo tantas ganas de adentrarme en cuestiones de derecho y defensa de mi pueblo, mi cultura y mi lengua, pero también tengo unas ganas inmensas de hacer algo más en defensa de las mujeres, específicamente de mujeres indígenas. Por último, para mis hijos espero lo mejor en cuestión de educación y salud.

En torno a la reflexión escrita por Tomás Cruz Lorenzo

Con respecto a la reflexión de don Tomás Cruz Lorenzo sobre la frágil, y ya muy preocupante, situación que vivíamos desde antes de los años sesenta del siglo XX sobre nuestro futuro como chatinos: es una cuestión que ya es ahora, el futuro que ya nos rebasó. Pero como bien lo decía don Tomás, “los chatinos no estamos al margen de los cambios actuales”, “no están bajo nuestro control”.¹

Estos cambios que han sido impulsados por gente en el poder efectivamente han puesto en peligro nuestra cultura en general, aunque también es necesario reconocer que la población más joven, sobre todo los y las que hemos estudiado, dolorosamente, fuimos y somos los principales agentes de cambio, aunque haya sido sin intención de lastimar nuestras raíces.

Aclaro que el leer la reflexión que hace Tomás me hace sentir profundamente triste, por todos esos cambios que él ya veía venir, ese sentir que “nuestro futuro se nos escapa de las manos”, y ver que ya nos ha rebasado. El primer punto de su texto “Evitemos que nuestro futuro se nos escape de las manos” habla de la situación antes de los sesenta, que el autor recuerda, a mi parecer, con gratitud y emoción. Por otro lado, también nos cuenta que era el inicio de un cambio inminente, sobre todo porque en esos años ya comenzaba la escolarización y, aunque en muy poca medida, comenzaba a influir.

Recordemos cómo nos platica Tomás sobre sus primeros contactos con la escuela: “cuando me enteré [que ya iba a empezar a ir], lloré amargamente”.² ¿Por qué? Porque justamente, y como bien él lo recuerda, en esos tiempos nuestra mejor escuela eran los trabajos

1. Tomás Cruz Lorenzo, “Evitemos que nuestro futuro se nos escape de las manos”, *El Medio Milenio* 5 (febrero de 1989), 23. [Se puede consultar en tee.org/index.php/teehormiguero/ N. de las e.]
2. *Op. cit.*, 25.

del hogar, en el caso de las mujeres, o del campo, en el caso de los hombres. No se requería de más. Nuestros maestros eran los grandes, los sabios de nuestra verdad, quienes nos enseñaban todo lo necesario: el respeto, la economía, la sobrevivencia, las diversiones, las medicinas, los rituales, las costumbres, etc. Aun con los conflictos internos, estábamos inmersos en nuestra cultura e idioma, así que ¿la escuela para qué? Podríamos decir, sin embargo, que esta decisión no estaba en las manos de nuestros padres y abuelos, estaba en manos del maestro.

Yo, por mi parte, agradezco mi paso por las escuelas y me siento afortunada de saber leer y escribir (aclaro que, tomando en cuenta lo que comenta Tomás, en ese tiempo era hasta peligroso saber leer y escribir). En este tiempo, con todos los cambios y el rápido crecimiento tecnológico es necesario por lo menos saber algo para poder defendernos. Lo que no agradezco y lamento profundamente es que dejamos que la idea del progreso nos rebasara hasta llegar al punto de despreciar nuestras raíces. Y esto me lleva al segundo punto que toca Tomás, la situación actual de los chatinos. De manera muy acertada, el autor analiza los siguientes cuatro puntos: a) política interna e impuesta, b) vida social, c) vida cultural y d) vida religiosa.

Primeramente, Tomás nos habla del control político sobre los chatinos, que llevó a cabo cambios ajenos a nuestras tradiciones culturales. Después nos habla principalmente de la entrada del dinero entre los propios chatinos, pues como dice Tomás, el comercio antes era el intercambio de productos, lo cual a mí me parece una estupenda forma de unión y comercialización entre los pueblos chatinos. Recuerdo de niña, como a la edad de seis años —ahora tengo 35—, cuando llegaban hermanos chatinos de otros pueblos a traer sus productos a Panixtlahuaca. En especial recuerdo muy bien a una señora que venía de algún pueblo chatino cercano y que llegaba a mi pueblo para vender sus jícaras, chiles y frijoles. Era muy conmovedor verla llegar directamente a nuestra casa, ya que mi abuela le ofrecía estancia y comida, y, a cambio, ella le agradecía con chile o frijoles. La última vez que la miré fue cuando yo estaba en cuarto de primaria, sobre todo porque después de que murió mi abuela, los primos empezaron a construir sus casas de forma que ya cerraban todas las puertas, sin hacer corredores con hamacas como se hacía antes. Otros hicieron bardas en sus terrenos. Se introdujeron cosas importadas, los chatinos empezaron a adoptarlas y al mismo tiempo menospreciaron lo culturalmente chatino.

Al final de su texto, don Tomás nos habla de la entrada de las religiones, y cómo con estas nuevas formas de creencia se despreciaron los conocimientos ancestrales. En la época en que don Tomás reflexionó sobre estas cuestiones, insistió en que las creencias tradi-

cionales aún persistían, pero eran criticadas por los catequistas y los que ya habían ido a la escuela. Curiosamente fue a través del Instituto Lingüístico de Verano que se aprovecharon las lenguas como una herramienta de conquista y claramente lo dice Tomás al referirse a que éstos “resultan ser agentes religiosos”.³

Aquí también me parece conveniente mencionar “el futuro de ahora”, en el que entre los chatinos de ahora ya existen más de dos religiones. En específico mencionaré a los pentecosteses o evangelistas —a los que pertenece mi madre.

Hace poco fui a hacer investigación de campo a Panixtlahuaca y en una de las pláticas durante la cena yo insistí en que mi mamá y su esposo me platicaran cómo eran las creencias de antes y cómo eran las personas. Me llamó la atención que, a pesar de que me platicaran emocionados los conocimientos, creencias y las formas de vida de antes, en un instante al final de la plática, ellos cambiaron los gestos al decir que todo lo que antes decían y hacían los señores eran mentiras, que eran gente ignorante que sólo hablaban cosas sin sentido, que no eran verdad, ya que en ninguna parte de la Biblia se menciona eso.

Es aquí justamente donde nos damos cuenta de que las religiones, la política y las escuelas efectivamente se convirtieron en nuestros más grandes agentes de cambio cultural, el cambio cultural de ahora, el cambio “que será de aquí en 30 años”, como escribió Tomás.

3. *Op. cit.*, 30.

